

FACULTAD DE TEOLOGÍA.

MEMORIA SOBRE EL PODER DE LA IGLESIA, LEIDA EL 27 DE AGOSTO POR

FR. EMILIO LEÓN PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADO EN

DICHA FACULTAD.

Una est columba mea, una est sponsa mea.

Una es mi paloma, una sola mi esposa.

Cant. Cant. c. 6. v. 8.

Señores:— Un monstruo feroz eleva su orgullosa cabeza sobre todos los poderes humanos: el tiempo gigante audaz, que envuelve con su hoz destructora las bellezas de la adolescencia i la imponente majestad de la edad decrepita, no contento con estos triunfos mueve a todas horas los proyectos del entendimiento humano haciéndolo buscar por todas partes el verdadero norte de sus acciones: un siglo cede a otro el imperio de las ideas, una generación viene en pos de otra echando por tierra el poder i valor de sus instituciones, nada permanece de la misma manera que existió en su principio; todo cae, todo se conmueve. Atónito el entendimiento humano se detiene en medio de este trastorno para reflexionar sobre los diferentes sucesos que lo promueven, i observa que mientras la dilatada época en que todos los pueblos de la tierra sufren sucesivamente aquellas asombrosas metamorfosis en su gobierno, en sus costumbres i en sus opiniones, solo la sociedad cristiana permanece firme i estable desafiando al tiempo i a la eternidad, como fundamento eterno plantado por la mano de aquel que dijo: el cielo i la tierra pasarán, pero mis palabras no sufrirán la mas lijera alteracion: diez i nueve siglos van pasados con rapidez i siempre conserva la pureza de sus dogmas como en el principio de su fundacion, i a pesar de las vicisitudes humanas ve desaparecer de su presencia aun aquello que por su larga duracion parecia llevar sobre sí el sello de la inmortalidad. ¡Qué asombrosa i admirable es, señores, esta sociedad sagrada! Ella no está limitada por el tiempo ni por el espa-

ció, su fuerza se dilata por todos los siglos i abraza a todos los pueblos de la tierra. En ella todo es grande, todo majestuoso i capaz de darnos una idea de la divinidad. Considerada su fe es divina en su principio, en su objeto i en sus fines. Considerados sus dogmas en su origen nos conducen a esa larga serie de magnificas revelaciones donde todo es digno del Espiritu Santo que las inspira i del hombre a quien ellas ilustran. Considerados en la autoridad que nos los trasmite hablamos a Dios i a su Iglesia, que los separa de todos los movimientos humanos. Considerados en sí mismos, ellos nos dan nociones dignas de la grandeza del Ser Supremo, de su providencia i de su bondad, las únicas que pueden explicarnos el origen del mundo, su degradacion por el orgullo i su rehabilitacion por la caridad.

¡Iglesia Santa! Fuente pura de la mas sana doctrina, órgano infalible de los pensamientos de Dios i madre comun de todos los fieles, tú apareces a nuestros ojos como el faro inmortal colocado por la mano del Señor sobre una roca inaccesible a las tempestades. De tu seno sale una luz brillante que indica a la pobre humanidad la recta senda por donde debe adelantar poco a poco hacia el puerto de la eternidad. ¿Pero de quién ha recibido tanta grandeza i majestad? Vosotros señores, comprendéis esto mejor que yo: solo de Jesu-Cristo, quien la llama su paloma i esposa, desechando cualesquiera otras sociedades que no lleven la marca de la pureza i santidad: *una est columba mea, una est sponsa mea*. Por consiguiente se puede afirmar sin temor de errar que el poder que el legislador divino confirió a la Iglesia Católica no depende de ningun poder humano: éste es mi objeto en el presente discurso. Dispensadme, señores, si no os presento un cuadro digno de vuestras atenciones.

Jesu-Cristo, señores, apareció sobre la tierra llenando una gran mision cerca de los hombres; la antigüedad sagrada i los monumentos mismos de la antigüedad le rinden homenaje, i todos los tiempos se levantan con un movimiento simultáneo para atestiguar la verdad de las promesas divinas realizadas en Jesús. Éste es, señores, el hecho único en su magnitud i adonde como a su centro vienen a parar todos los grandes acontecimientos del género humano; hecho divino por los prodijios que lo acompañaron, hecho importantísimo por las consecuencias vitales que de él dimanaron, i hecho esclarecido por los numerosos testimonios en que apoya su realidad. Siendo el primer objeto de la mision del Verbo plantear en la tierra la doctrina que trajo del cielo, estableció una sociedad espiritual a la que proveyó de todos los elementos necesarios para su organizacion. Esta es la Iglesia Católica. Jesu-Cristo dijo un dia a sus Apóstoles, enseñad i bautizad a todas las naciones; elije a Pedro para piedra fundamental de la obra i declara que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: ved ya el principio de la sociedad espiritual, ved ya su institucion. Como una virgen adornada para su desposorio, así tan hermosa sale en ese instante la Iglesia Católica de la mano de su divino fundador; su frente va sellada con el carácter de la inmortalidad, sus labios destilan palabras de vida, sus manos llevan el cetro de una soberanía nueva mas elevada, mas augusta que la terrena, i su canon es la voluntad del que reina en los cielos manifestada en la gran constitucion que le dejó para que se gobernara sobre la tierra. ¿Qué espectáculo tan sublime nos ofrece esta Iglesia recién salida de las manos de Jesu-Cristo! Es una sociedad con su cabeza, una republica con sus magistrados, un reino con sus pastores.

Elegida depositaria de la revelacion, recibe de aquel cuyas palabras son espíritu i vida, una doctrina, un gobierno, un poder i todo lo necesario para conservar tan precioso depósito. Existió, pues, no débil e imperfecta en su principio como las sociedades humanas, sino con todo el vigor i fortaleza propios de las obras de Dios. Ved aquí las palabras de su divino fundador que son el mas divino i glorioso titulo de su independencia i libertad. Se me ha concedido, dice a sus apóstoles, toda potestad en el cielo i en la tierra—con el mismo poder que me envió mi padre yo os en-

vio a vosotros—lo que atáreis o desatáreis en la tierra quedará también atado o desatado en el cielo—el que os oye me oye i el que os desprecia me desprecia—no temáis la presencia de los príncipes porque yo estaré siempre con vosotros. I como si estas grandiosas promesas no significasen bastante, declara solemnemente, que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra su iglesia: *portæ inferi non prævalebunt adversus eam*. La iglesia comprendió perfectamente este lenguaje de su fundador, vió en él tres prerrogativas diferentes que constituían su poder, tres solemnes actos cuyo desempeño se le encomendaba sobre la tierra, a saber: propagar la fé, definir en la fé, i proteger la fé. Este triple cargo comprende la predicacion i enseñanza de la palabra divina, la administracion de los Sacramentos, i el gobierno de la sociedad cristiana. Los Apóstoles sus primeros padres no vieron al mundo sino como la herencia destinada por Dios para el ejercicio del ministerio espiritual. Nada les sorprende cuando tratan de propagar la fé. No la majestad del poder, pues vemos a San Pedro predicar con energía la divinidad e independencia del cristianismo delante de los sacerdotes, príncipes, i jueces de Israel. No el esplendor de la sabiduría del siglo: vana i presuntuosa, ni sus especiosos ratiocinios, pues San Pablo enseñaba en presencia del Areopago de Atenas la fé de la iglesia católica: no en fin las amenazas del poder civil, porque apesar de ellas los apóstoles celebran públicamente sus grandes asambleas, declaran los augustos misterios que oyeron de la boca de Jesu-Cristo i se reparten por toda la tierra para esparcir la semilla del cristianismo en el mundo: todo vióse entonces iluminado repentinamente, esta luz verdadera descendió de lo alto, i la autoridad de los hombres que la propagaban era también celestial. Nosotros predicamos a Cristo, decia el doctor de las gentes, representamos su misma persona. Dios es quien habla por nuestra boca.

Al ruido de una misión tan extraordinaria los imperios se turban, los tronos vacilan, la tierra toda se conmueve, i en medio de la confusión universal, el judaismo i el paganismo, el poder i el sacerdocio, celebran alianza para perseguir la iglesia de Jesus. Combatida por todos los poderes humanos debía prevalecer para manifestar que su autoridad es absolutamente independiente de todos ellos. La iglesia subsistió perseguida entre cadenas, pero invencible entre todos los tormentos. Dios permitió, dice el inmortal Fenelon, que corriera por el espacio de trescientos años la sangre de sus hijos muy amados para convencer al mundo entero por una esperiencia larga i terrible, que la Iglesia, como suspensa entre el cielo i la tierra, no necesita para vivir sino de la mano invisible que la sostiene. El Evangelio se predica a despecho del mundo, se propaga al fin contra la voluntad de los príncipes, i ni los vastos mares, ni las arenas abrasadoras de la Arabia, ni los eternos hielos del Cáucaso pudieron retardar su carrera victoriosa. Los apóstoles do quiera se presentan derriban los ídolos, imponen silencio a los oráculos, i construyen templos al verdadero Dios. La Iglesia católica con prodijosa rapidez se hace universal. Asombra ver entre los furros de la persecucion erigidos los obispados mas célebres del cristianismo; asombra el esfuerzo con que los primeros pastores fundan iglesias en las cortes populosas de los príncipes jentiles, al mismo tiempo que estos espiden terribles edictos para proscribirlos; asombra en fin la intrepidez con que pasan de la cátedra al cadalso para sellar en este con la sangre de sus venas la verdad de los dogmas que predicaron en aquella. Este es, señores, un argumento incontestable de que el poder de la Iglesia católica no depende de ningún poder humano.

Los apóstoles ordenan obispos a quienes deputan para presidir las diócesis que ellos no podian asistir personalmente. San Pedro consagra en Roma a Lino i a Clemente, encomienda a Evodo la silla de Antioquia, a Marcos la de Alejandria, a Apolinar la de Ravena, i a Torcuato i sus compañeros las que habian de fundar en España. San Pablo, coadjutor de aquel entre los jentiles, ordena obispos a Timoteo de Efeso,

a Tito de Creta i Dionisio de Atenas; todo esto en virtud de la potestad recibida de Jesu-Cristo. Los obispos erijen parroquias i en estas el cristianismo vacilante en su fe e indeciso acaso entre abrazar una muerte cierta i espantosa por la confesion de las verdades nuevas, lo de vivir entre los horrores de una conciencia ajitada por crueles remordimientos, aprendia de boca de los presbiteros que al que quisiese alcanzar la vida eterna le era necesario perder la temporal. Paoloi i Bernabé; infatigables en el desempeño de su ministerio, erijen algunas de estas en el Asia; i Evaristo para su hija, Jimés a las que habia fundado en Roma el vicario i sucesor de Jesu-Cristo. Ni se diga que la iglesia cristiana era entonces una sociedad privada; o un embrión de lo que habia de ser despues; porque pública fué la predicacion en la solemnidad de Pentecostes, primer dia en que bajó el Espíritu Santo para realizar las promesas del Verbo, i primero en que, despues de la resurreccion de Jesu-Cristo, resonó el eco del Evangelio en las plazas de Jerusalem; públicos fueron tambien los testimonios que dieron los apóstoles de la divinidad de su fe, i demasiado público el sacrificio de innumerables victimas que inmoladas por la potestad secular en odio del nombre cristiano, inundaron la tierra con su sangre. Aunque se oye en la historia eclesiástica con el mismo poder con que propaga el evangelio, celebra tambien la Iglesia sus santos sacramentos; idó bautizada a todas las jentes, perdona los pecados, i dá el Salvador a sus discipulos; i tanto estos como sus sucesores distribuyen los sacramentos con absoluta independenciam de cualquier otro poder que no sea el de la misma Iglesia. San Pablo se llama a cada paso como uno de los misterios de Dios; i segregado segun el propósito de la voluntad divina para dispensador de sus altas gracias. Mas no tardó en levantarse la negra nube del error sobre el horizonte de la Iglesia; i esta, que habia sufrido los recios golpes de la persecucion, vio amenazada su fe; i combatidos en ella sus indestructibles fundamentos. El hombre variable por su naturaleza quiso arreglar la doctrina sacrosanta que el Señor le revelara, a los movimientos inquietos de su corazon, i orgulloso hasta querer competir con Dios, pretendió constituirse en intérprete de sus adorables palabras. Este es el verdadero carácter de la herejia, i desde el siglo primero hasta nuestros dias siempre ha sido el mismo odio a la verdad, i desprecio a la autoridad. Nicolás, Sabelio, i Ario, manifestaron en la primera epoca del cristianismo el mismo espíritu que despues Calvino, Lutero, Zuinglio i los demas pretendidos jefes de la reforma. Pero la inmutabilidad; señores, es uno de los caracteres de la fe que Jesu-Cristo trajo al mundo, asi como la inmutabilidad es propia del hombre; i de sus obras. El dogma católico no es susceptible de variaciones, siempre es uno, perpetuo, indivisible, e inquestionable. Jesu-Cristo constituyó en el seno de la Iglesia una autoridad conservadora de la pureza de su fe, i cuya duracion ha de ser tan eterna como la misma fe. Pero como la sociedad cristiana ninguna cosa debe a los hombres, ni su fundador tiene algo de la tierra, sino que del cielo viene toda su autoridad, elijió para juez de su doctrina no al poder humano sino a los pastores de su Iglesia. Aquí la mano de Dios puso un límite a las potestades del siglo; no a los principes sino a los apóstoles, i a sus sucesores. Enseñad, dijo, a todas las jentes lo que os he enseñado, i estad seguros que permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos; el espíritu de mi padre bajará i os sujetará todas las cosas. ¡Qué promesa tan magnífica! El fundador divino de la iglesia se asegura su existencia porque estará siempre dirijiendo todos sus pasos hasta el fin de los siglos. Revestidos de esta autoridad, los primeros fundadores del cristianismo, apenas ha partido al cielo Jesu-Cristo cuando reñen sus asambleas; en ellas enseñan la doctrina que aprendieron del Salvador; ilustran lo que parecia obscuro, condenan el error i vindican gloriosamente la verdad; ningun pueblo, ningun soberano interviene de un modo decisivo en estos actos los mas solemnes de la religion, sino la autoridad sola de los obispos pronuncia, decide i confirma.

Los apóstoles reunidos en Jerusalem dan la norma para proceder sucesivamente hasta hoy siguen su ejemplo los demás pastores de la iglesia católica. Congregados en el nombre del Espíritu Santo obran con absoluta independencia de toda otra potestad que no sea la de Dios, i al definir sobre la fé, nos ha parecido, dicen, al Espíritu Santo i a nosotros. ¿O poder augustol esclamaré con el ilustre Ambrosio, ni la espada ni la muerte podrán separarme de tus decisiones: Al siglo cuarto estaba reservado presenciar la primer agresion contra el poder de la iglesia para definir sobre el dogma, i esta a quien los golpes de la persecucion i de la herejia aseguraron mas i mas sobre sus fundamentos, pareció que vacilaba bajo las órdenes de un monarca sacrilego que pretendia dominarla abiertamente. El emperador Constantino, protector declarado del Arrianismo, trata de arrogarse el ejercicio del poder espiritual, sanciona cierta fórmula de fé, obra de los enemigos mas encarnizados de la Iglesia ortodoxa, persigue de muerte a los pastores que rehusan suscribir la, i sus primeros i mas fuertes golpes recaen sobre el profundo e invencible Atanasio. Un grito hijo del dolor mas intenso se percibe entonces entre la confusion que agita al mundo cristiano. Es el gemido de los obispos que prefieren soportar todos los males sin excepcion de la muerte, a ceder en lo mas minimo la autoridad que recibieron del Espíritu Santo, desde las cátedras i los destierros adonde se les arrastran, advierten al emperador la ilegalidad de sus procedimientos. Permitidme, señores, que haga mención particular de un hecho admirable en que se encuentra estampada toda la energía de la doctrina católica. He dado testimonio de mi fé en la persecucion de vuestro abuelo Majencio, dice Osio, obispo de Cordova, a Constantino, i si os preparais para recibir la misma prueba, estoi pronto a sufrir todos los tormentos antes que faltar a la verdad mancillando mi inocencia; ni vos ni vuestros majistrados, debeis intervenir en las decisiones de la iglesia; no desterreis a los obispos cuyo crimen a vuestros ojos consiste solo en no prestarse a los abusos. El Señor ha entregado a vos las riendas del imperio i a nos el gobierno de su iglesia; i asi como quebrantaríamos el orden de Dios si pretendiésemos usurpar vuestro poder; del mismo modo no debemos apropiarnos lo que no os pertenece escrito está: dad al César lo que es del César i a Dios lo que es de Dios. Es verdad, señores, que despues de Constantino la iglesia católica siempre ha tenido que luchar para conservar sin mengua el tesoro de verdad que recibió de Jesu-Cristo; pero en el siglo que vió renovarse los ataques, vió tambien aparecer a ellos invencibles que los sostienen i los vencen: tales fueron Leon i Crisóstomo en el quinto, Leandro en el sexto, Gregorio el grande en el séptimo, Toribio de Lima i el Borrómee en el diez i seis, Basilio i Fenelon en el diez i siete. Los obispos, decia a Isabel 2.^a el Illmo. diocesano de Canarias, han estado convencidos que sera mejor para la iglesia quedar desamparada enteramente del imperio civil i entregada a sus propias fuerzas, que verse esclava en la realidad bajo la apariencia de una falsa protección. Los dos últimos siglos, fecundos en acontecimientos grandes, vastos en luces de todo jénero, e inagotables sobre todo en el produccion de pruebas magnificas de la divinidad de nuestra fé, rinden como los anteriores brillantes testimonios en favor de la independencia de la Iglesia. Nosotros sabemos que en presencia de Napoleon vacilaron los imperios mas florecientes, bajaron de su solio los monarcas mas augustos, i tembló toda la tierra conmovida por la fuerza verdaderamente asombrosa de su poder. Entraba en sus planes de gobierno dominar a la Iglesia Católica, contando para realizarlos, ademas del prestigio prodijioso de su nombre, el apoyo de 600000 soldados. Pero en un pontífice octogenario, ultrajado i arrojado de su silla, depositó el cielo el vigor bastante para oponerse a tan temerario proyecto. Todos mis bienes temporales están a vuestra disposicion, usad de ellos, dice el inmortal Pio 6.^o al valiente Bonaparte; pero derramaré hasta la última gota de sangre que circula por mis venas, antes que adherirme a la proposicion mas minima

que pueda ajar los derechos de la iglesia que Dios me encomendó en la persona de San Pedro. De este modo defiende la iglesia su independencia primitiva, i mientras ve desaparecer de su seno los imperios i las repúblicas; ella despoja al tiempo i a los siglos de la fuerza destructora que asoló a aquellos. Figurada en el árbol producido por un pequeño grano de mostaza, levanta la frondosa copa de su soberanía espiritual sobre todos los mares, islas i rejiones de la tierra. Con la mision de fundar el reino de Dios recibieron los apóstoles poder para gobernar la sociedad cristiana i conducirla a su objeto. La iglesia segun la institucion de Jesu-Cristo debia ser visible, necesitaba por consiguiente para su gobierno de una disciplina exterior. El espíritu de esta sociedad se alimenta de las virtudes que comunica a sus miembros por medio de los sacramentos; pero su cuerpo, formado por la reunion de los fieles, no puede vivir sino teniendo en su seno un poder soberano que lo rija. Jesu-Cristo lo constituyó en efecto, i la iglesia sometida al poder temporal tendria sus brazos atados para desempeñar las funciones que le asignó su fundador; no podria tan de cerca proteger la doctrina ecuménica, arreglar la disciplina eclesiastica, e imponer penas espirituales. La iglesia, he dicho, recibió de su fundador una autoridad puramente espiritual, instituida en la tierra, como dice un sabio, para sustituir un principio espiritual al principio material de la antigua civilizacion—se unió con la sociedad civil sin confundirse; su mision era renovar al jénero humano. Encarnó, por decirlo así, en la vida temporal de los pueblos, pero con un alma pura adhesion, mas no sujeta a un cuerpo mortal. Mas si es verdad indisputable i reconocida hoy por todo el mundo, que el poder de la iglesia por su naturaleza es espiritual, no es menos cierto que es independiente del poder temporal dentro de sus límites espirituales. El Verbo divino puso en líneas paralelas dos autoridades perfectamente iguales, Dios i el Cesar, el poder espiritual i el poder temporal. Sobre todo el jénero humano reinan estas dos potestades, pero sus atribuciones deben estar separadas por límites tan precisos que aun cuando cada una desarrolle su autoridad en toda su estension, no ofenda a la otra. El objeto de ambas es esencialmente diverso; la temporal podrá afianzar los gobiernos conmovidos por las facciones, estrechar los vínculos sociales, i proteger liberalmente las artes, las ciencias i el comercio; pero nunca alcanzará mas que al cuerpo, porque las leyes humanas no conocen sino los actos exteriores, los hechos perceptibles. Ningun poder del mundo puede mandar en la persuasion de los hombres; los sujetará con la fuerza, si quiere; pero no dominará su voluntad. Solo el poder de la iglesia habla en sus preceptos a la voluntad del hombre i tiene derecho para imponerle la estrecha obligacion de creer lo que ha definido una vez, porque su autoridad viene de lo alto sellada con la promesa de la infalibilidad. El poder civil debe pues en vista de esto amparar siempre a la iglesia, i esta como tierna madre abrazarlo con el escudo de la caridad, pero jamas consentir en que aquel usurpe sus derechos. Si ambos poderes guardaren esta armonia, entónces las dos sociedades se prestarán mutuos socorros i contribuirá la una al esplendor de la otra. Habiéis considerado, señores, el poder espiritual e independiente de la iglesia en las funciones que le son propias desde su origen hasta nuestros dias; él ha triunfado en todos los combates, vencido a toda clase de enemigos, i marchado con gloria en todas partes. El mundo ha podido conmovirse, los imperios caer, pero el poder de la Iglesia subsiste sin mengua alguna en la persona de aquel que dijo un dia al primero de sus Apóstoles: tu eres Pedro i sobre esta piedra edificaré mi iglesia i las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo ecclesiam meam, et portae inferi non prevalebant adversus eam.*